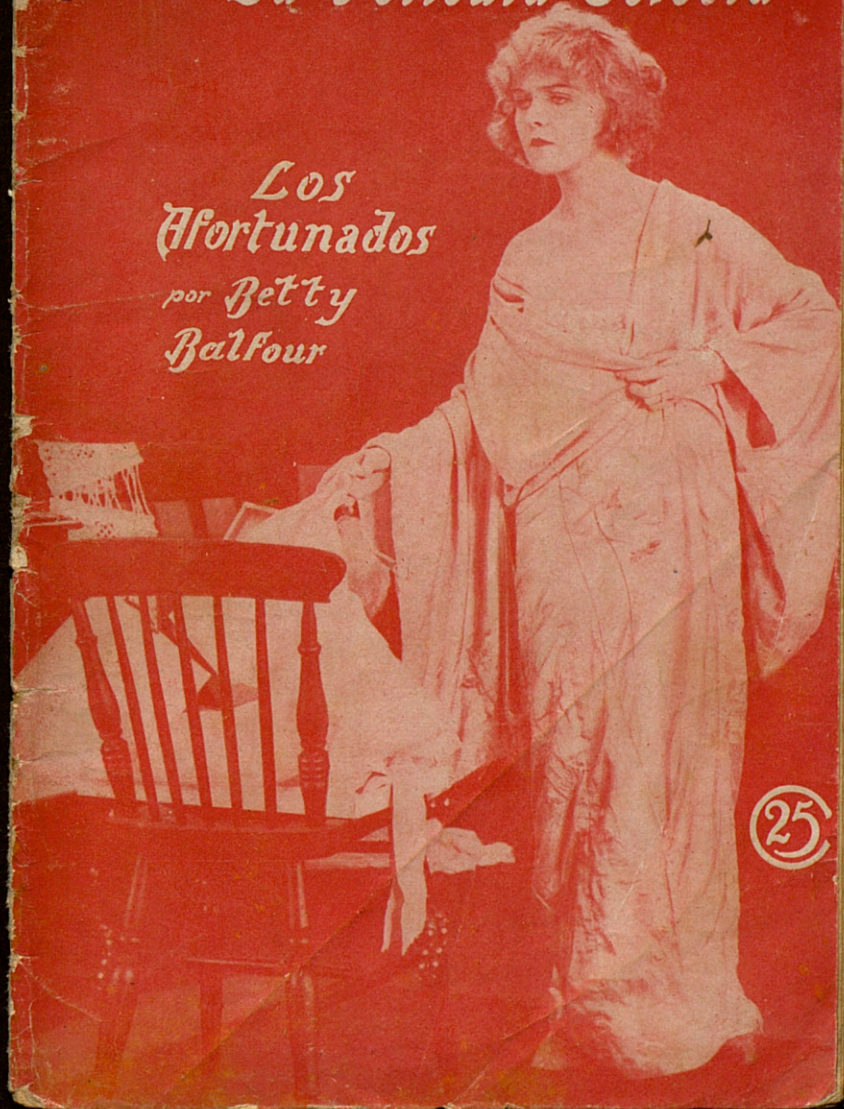


8

# La Pelicula Selecta

*Los  
Afortunados  
por Betty  
Balfour*







# *La Pelicula Selecta*

Director: FERNANDO BARANGÓ-SOLÍS

Oficinas: Pelayo, 62 - Teléfono 4128 A.

Año I | Barcelona, 28 Febrero de 1925 | N.º 8

## **LOS AFORTUNADOS**

según la película del mismo título, deliciosamente interpretada por la exquisita actriz cinematográfica

**BETTY BALFOUR**

Concesionario: MARAVILLA FILMS

Paseo de San Juan, 33 - Barcelona

### I

Marion Dawson era una muchachita encantadora, vivaracha y pizpireta, que recorría las calles de Londres con la alegría de su pregón:

—¡ Flores! ¿ Quién quiere un ramo?

Abrigada en su airoso mantoncillo, que ceñía deliciosamente su gentil figura, desafiaba gallardamente las inclemencias del clima, y con su cesto de flores al brazo discurría por las ruas de la poullosa urbe ofreciendo su perfumada mercancía.

En su barrio habíanla bautizado con el mote de «la gentil ramilletera».



Ninguna tan alegre en la calle, ni tan hacendosa y pulcra en su casa, como ella, ni de simpatía tan atrayente y cautivadora.

Los aspirantes a su codiciado *palmito* llegaban a la docena, pero a todos despreciaba Marion, cuyo corazón ya tenía dueño; Rodrigo, el policeman más guapo y mejor plantado de todo el Scotland Yard, había sorbido los sesos a la bulliciosa florista, que ya sólo sabía mirarse en sus ojos.

Por contraste con el carácter abierto y jovial de Marion, su hermana mayor, Rosie, era una joven modosa y reservada, poco expansiva hasta con sus mismos familiares. Desde hacía mucho tiempo acariciaba la idea de ser artista de teatro y pensaba que ninguna parte mejor que París para la realización de sus sueños. Por ello su afán de economía y ahorro, que le había permitido reunir lo necesario para el viaje.

Ambrosio Dawson, padre de Rosie y Marion, pertenecía a esa pléyade de *sesudos* varones que rinden culto a la holganza.

El *dolce far niente* era su lema y divisa. ¡No hacer nada! Gozar de las delicias de vivir sin trabajar, libre para ocupar su tiempo con la tranquila libertad del que anda ausente de preocupaciones y quebraderos de cabeza... Se levantaba tarde, afirmando que la cama era uno de los inventos más maravillosos de la hu-

manidad. Y, aunque en prosa, se quejaba en su interior con el poeta de la injusticia de los hombres:

Frenético el mundo aclama  
a Colón y a Villanueva,  
¡y nadie una estatua eleva  
al inventor de la cama!

Inútil había sido que sus hijas intentaran convencerle de que debía trabajar, para subvenir a las necesidades de todos. Ambrosio se lamentaba de sus achaques, diciendo que sentía agudos dolores en la médula y que sería un verdadero crimen obligarle al trabajo. ¡No había manera! Las dos muchachas, especialmente Marion, aportaban a la casa lo suficiente para *ir tirando*, y aun sobraban algunos cheques para el solaz y esparcimiento del autor de sus días.

Aquella temporada andaba Ambrosio algo preocupado, conociendo los propósitos de Rosie de marchar a París.

—¡Así sois vosotras de desagradecidas!— reprochaba a sus hijas—. Voláis porque tenéis alas, sin acordaros para nada de quien os puso en el mundo...

—¡Pero si es mi porvenir, papá!—argumentaba Rosie.

—¡Sí, sí! Tú en París y tu hermanita con ese policeman que se ha echado por novio



¡buena vejez le estáis preparando a vuestro desdichado padre!

Rosie nada contestó. Firme en sus propósitos de emprender su carrera artística, no quería admitir discusiones ni conversación sobre el asunto.

—Lejos tú de Londres—insistía Ambrosio—, ¿qué pondré en el puchero el día que Marion se case con ese guardia?

Medio en broma, medio en serio, gritó desde la cocina la gentil florista:

—¡Tiene razón papáito, Rosie! ¿Cómo se te ocurre dejarnos, sabiendo lo delicado que tiene el espinazo?

Pero la futura estrella no se dió a partido.

—Estoy decidida, y esta misma tarde emprendo mi viaje.

Y, confirmando su resolución, púsose a preparar su hatillo.

Marion la miraba hacer, sin decir palabra, desaprobando en su interior aquella determinación de su hermana.

A media tarde salió Rosie de su cuarto con la maleta en la mano, dirigiéndose hacia la puerta.

—¡Buen viaje—la dijo Marion—y muchos aplausos en tu carrera artística, hermanita... aunque te vaya sin darme un beso!

Volvióse lentamente la viajera, y después de unos segundos de inmovilidad, dejó el bulto

en el suelo, y se precipitó en brazos de la bella florista...

Aquella noche la pasó Ambrosio decepcionado y abatido, no tanto por la partida de su hija mayor, como por no poder disponer del chelín que le hacía falta para alternar dignamente con sus compañeros de bodegón. Pensaba que la merma de ingresos que suponía la marcha de Rosie, se traduciría en privaciones para él, cuyos pequeños vicios no podría subvenir.

Marion se multiplicaba para atenderlo todo. Muy de mañanita salía con su cesto al brazo y alegraba las calles con su voz melódica, gritando su pregón y ofreciendo los ramilletes de flores. Recorría primero algunos mercados y luego se dirigía al centro de la población, importunando amablemente a unos y a otros en las aceras de los cafés y de los aristocráticos casinos. A medio día improvisaba un almuerzo para su padre y para ella, y otra vez a la calle hasta el anochecer, en que se recogía en su pisito, entrando en funciones de ama de casa.

Algunas tardes salía a pasear con su novio, deteniéndose en los escaparates de los grandes bazares donde, a la vista de los objetos expuestos, cambiaban impresiones sobre la conveniencia de adquirirlos para su futuro nido...

Ambrosio, en los días de escasez, se quedaba en casa para esperar, con la llegada de



Marion, el penique necesario para su *primera libación*...

El pobre hombre estaba desesperado y frecuentemente renegaba de la vida y de su hija, que le tenía a *dieta*, como afirmaba con absoluta desfachatez. Marion, cuando la venta del día había sido buena, empleaba el dinero sobrante a sus necesidades de momento en comprar objetos para alhajar su casa, cuando pudiera matrimoniar con su adorado Rodrigo.

—¡No hay derecho!—decía para sí Ambrosio—. Gastar lo que gana en tonterías, sin acordarse de su pobre padre. ¡Cría cuervos...!

Una mañana—semanas después de la partida de Rosie—sorprendiólo Marion leyendo la página de anuncios de «The Times».

—¿Qué lees con tanto afán, papá?

—Estaba viendo de encontrar en la sección de demandas una portería con sillón, para el día que me quede solo.

—¡Ay, mi viejo!—rió estrepitosamente Marion.

Y como en aquel momento llegara Rodrigo, se acercó a su padre y dándole unas palmaditas en la espalda exclamó:

—Me voy con mi novio ¿sabes, papá?... Y para que veas que no soy tan mala como dices, te prestaré una libra esterlina.

Ambrosio abrió unos ojos tamaños, y, olvidando su malhumor, quiso excusarlo.

—Verás, hija. Es que...

—Toma—le interrumpió Marion, entregándole lo ofrecido—. Pero recuerda que hoy sin falta tienes que devolverme aquellos cinco chelines que me debes desde el día del armisticio. ¡Y que vuelvas prontito a casa!

Prometió Ambrosio la restitución pedida, y se fué directamente a la taberna, punto donde se reunía con sus amigos, que se vanagloriaban de ejercer su misma profesión: la vagancia...

Marion y Rodrigo salieron a pasear por los alrededores de la capital, y en un bosque cercano, sin más testigos que el cielo, aquel día de un azul intenso, formalizaron el compromiso de su unión: cambiaron el anillo, signo de eterna alianza, y un beso, largo, apasionado, a cuyo calor quisieron fundir sus dos almas enamoradas...

Ya de madrugada, llegó Ambrosio a su casa, algo perturbado por el alcohol ingerido con creces.

Marion, que le aguardaba sin acostarse, le recriminó su conducta.

—¡No tienes enmienda! ¡De modo que llegas a las tantas y tan *fresco* como de ordinario.

—¡Mira!—pretendió justificarse el beodo—. Ha sido la falta de costumbre. Como estos últimos días no me dabas ni para tabaco...



—¡Muy bonito! Y de seguro vendrás sin mis cinco chelines ¿no es eso?

—No, tus chelines lo he respetado—protestó Ambrosio—. Pero los he invertido en una cosa para ti.

—¡Menos mal si gastaste el dinero para mi regalo de boda!—comentó irónica Marion.

—¡Te traigo una posible fortuna! ¡Un billete del sorteo del caballo «Calcuta», que me ha vendido el tabernero por los cinco chelines! ¡Ahí es nada! ¡La felicidad que se puede entrar por las puertas!

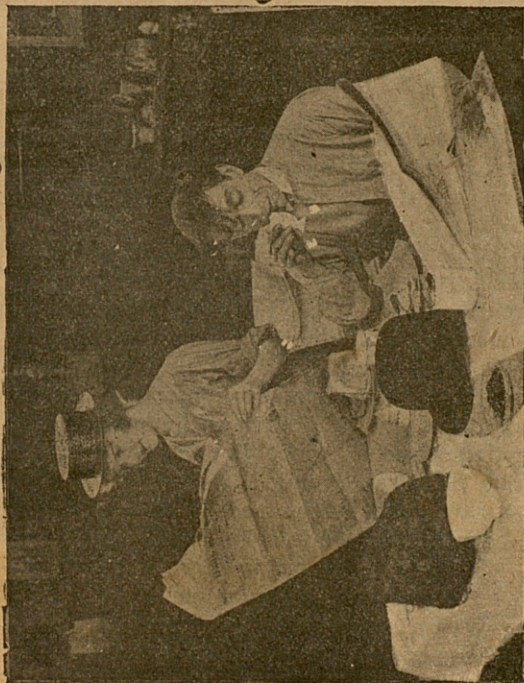
Pero Marion era una mujer práctica y prefería su dinero a los billetes de un sorteo que no entendía. Así es que replicó:

—¡Déjate de billetes y de sueños fantásticos! ¡Prefiero que me devuelvas mis cinco chelines!

—Ten en cuenta—objetó Ambrosio—que si resulta tuyo el caballito «Calcuta» y luego venciera en las carreras, resultabas millonaria de un solo tiro... Y además, que ahora ya no hay remedio, hija. O el billete o nada, porque chelines no tengo ni uno...

Marion tuvo que conformarse y guardó en un cajón de la cómoda el billete para el sorteo que había de verificarse al día siguiente.

Pronto olvidó que era poseedora de aquel papelito que, como talismán maravilloso, podía atraer la fortuna hacia aquella casa. Metióse



—¿Qué lees con tanto afán, papá?

—Estaba viendo de encontrar en la sección de demandas una portería con sillón para el día que me quede solo.



en la cama y se durmió forjando en su linda cabecita bellas quimeras de amor...

A primera hora de la tarde, el día después, ya se conocía en los clubs de la afición el resultado del sorteo con tanta expectación esperado.

Y la suerte—esa coqueta, siempre incomprendible y extravagante—quiso otorgar sus favores al billetito de que Marion era poseedora, tan a disgusto suyo.

—¡Mal rayo me parta!—vociferaba el dueño de la taberna frecuentada por el padre de la gentil florista—. ¡Y pensar que yo tuve en mis manos ese billete y se lo endosé a Ambrosio por cinco chelines!

—Y lo peor—salmodiaba un amigo del tabernero—es que «Calcuta» es un pura sangre que tiene muchas probabilidades de ganar la carrera del Gran Premio!

—¡Hay para suicidarse!—seguía el dueño del bodegón, meşándose los cabellos.

—¿Y por qué no tratas de recuperar el billete? A estas horas es poco conocida la noticia y podría ser...—insinuó el amigo.

—¡Hombre! ¡Vamos en su busca!

Y los dos se encaminaron a casa de Marion.

—¡Oye, Ambrosio! Te ofrezco diez libras por el billete que te vendí ayer.

—Chico, lo siento. Pero se lo cedí a mi hija Marion, a la que debía una cantidad.

—¡Pues eres un camueso!—le espetó a boca de jarro el tabernero.

—¿Yo camueso? ¿Y se puede saber por qué?

—Pues sencillamente porque el numerito ha resultado premiado con el caballo «Calcuta» y esto significca estar abocado a millonario.

Ambrosio dió un salto en su asiento.

—¿Qué camueso? ¡Una calabaza soy!—gritaba midiendo a largos pasos la estancia—. ¡Pensar que de no haberlo vendido ya no tendría que preocuparme de trabajar en todos los días que me restan de vida! ¡Qué imbécil soy!

—De todos modos, podríamos hacer una cosa...—apuntó el tabernero.

Y Ambrosio y sus compañeros de *copeo* maduraron el plan a seguir.

Poco después se presentaba aquél a su hija y con la sonrisa en los labios le proponía, cauteloso:

—Si quieres devolverme el número del sorteo de ese desdichado penco, te daré seis chelines.

Pero Marion era una muchacha calculadora, que sabía sacar el mejor partido de las cosas, y opuso:

—¡A mí con esas! Acabo de ver en la calle a Matías el revendedor y seguramente sacaré más partido entendiéndome con él. ¡Voy en su busca!



Pero su padre la atajó:

—¡No, Marion, no llames a Matías!

—¿Por qué?

—Porque tu billete ha resultado premiado.  
¡Tuyo es ya ese caballo favorito!

—¿Mío?

La emoción—casi estupor—que se apoderó de Marion, era bien justificada. El propietario del pura raza «Calcuta» estaba en condiciones de ganar una fortuna.

Las horas que faltaban para la en que habitualmente hacía Rodrigo su aparición en casa de la simpática florista, se le antojaron a ésta siglos. Al llegar su novio, Marion le salió al encuentro, exclamando con cómica seriedad:

—Ustedes los policías son poca cosa para una mujer de mi posición social. ¡Yo aspiro a un lord desde que soy propietaria de un favorito!

—Pero ¿qué dices, muchacha?

Cuando Marion estaba explicando a Rodrigo—salpicando la historia con besos y abrazos de todas las marcas y señales—cómo había llegado a ser propietaria del caballo «Calcuta», entró su padre, que con gran contrariedad apercibió la presencia del policía.

Ambrosio, entre dientes, dijo unas palabras a su hija, que ésta refirió seguidamente a su prometido.

—¿Dices que tu padre te ofrece cien libras

por el caballo? Pero ¿tú no sabes que si «Calcuta» resulta ganador en la carrera del Gran Premio, serás millonaria?

Marion no aceptó la proposición de su padre, con gran desespero de éste que, por segunda vez, veía fallidas sus combinaciones en el asunto.

—¡Será perra mi suerte!—dijo para sí. Y sacando una moneda, añadió con ademán majestuoso, como quien va a resolver una grave disyuntiva:—¡Si sale cara, me voy a la taberna y me emborracho; y si sale cruz... pues me emborracho en la taberna!

¡Y Ambrosio cumplió su palabra, hasta con exceso!

Entretanto, Rodrigo y Marion hacían conjeturas y formulaban programas para lo futuro previendo el caso de que «Calcuta» resultara vencedor en la Gran Carrera.

—No me gustan los caballos—bromeaba Marion—, pero si el mío ganara, prometo llevarte montado a la vicaría.

—¡Tontísima!—rió el policeman, mirando a su novia con ojos de intenso arrobamiento.

¡Y nuevamene la suerte rozó a Marion con sus doradas alas!

El día de la Gran Carrera amaneció con el sol la gentil ramilletera. Estaba nerviosa y desazonada, sin saber por qué. No quiso visitar la pista y prefirió aguardar en casa el resultado



de la carrera, aunque sin esperanzas del triunfo de su caballo.

Horas después, «Calcuta» corría ignorando que iba a regalar una fortuna a la bella florista.

Poco después de terminada la carrera, ya llevaban el resultado de la misma los grandes diarios londinenses.

—¡Abrázame! ¡«Calcuta» ha ganado el Gran Premio!—gritó alocado Ambrosio, estrujando materialmente a su hija.

Marion nada decía, mirando a todas partes con expresión idiotizada.

—Pero ¿no oyes, niña? ¡Aquí lo dice bien claro!—continuaba aquél, exhibiendo un periódico—. Y cuando la prensa lo dice, ya puedes tumbarte, porque no falla.

Rodrigo, que entraba en aquél instante, escuchó las últimas palabras. ¿Habría oído mal? Su novia le sacó de dudas.

—¡Ven a mis brazos, Rodrigo! ¡¡Somos millonarios!!

## II

La nueva se extendió con la rapidez del *radio* por toda la barriada.

Marion obsequió al vecindario, prometiéndolo

organizar una gran fiesta en honor de sus más caras amistades.

—¡Queridos vecinos! Coman ustedes y beban cuanto se les antoje desde hoy hasta año nuevo. ¡Yo pago!

Por la mente de Marion pasó un recuerdo, que la entristeció. ¡Su hermana! Según sus noticias, Rosie no adelantaba en su carrera artística y estaba pasando una situación algo precaria.

Como respondiendo a sus pensamientos, uno de sus amigos sugirió:

—¿Por qué no vais a París en busca de Rosie, ahora que sois ricos?

—Ya había pensado en ello. ¡Pobre hermana mía!

Todos los compinches de Ambrosio pretendían patentizar ante el nuevo rico su amistad y las pruebas de compañerismo que siempre le habían dado.

—Desengáñate, Ambrosio—le decía uno—. Un hombre rico como tú, necesita un administrador. ¡Y ese soy yo! Me parece que tengo derecho a ello dado nuestro antiguo y bien cimentado afecto.

Marion obsequiaba en sesión perpetua a sus más caras amistades.

La fiesta organizada para celebrar el encumbramiento de Marion, dejó indelebles recuerdos entre los asistentes a la misma. Se comió



por todo lo alto, se bebió más y mejor todavía, y al terminar el banquete se disparó un ramillete de fuegos artificiales, entre los hurras de los comensales y los gritos de las mujeres, incapaces para defenderse de los *atrevimientos* que el alcohol provocaba entre sus compañeros de mesa.

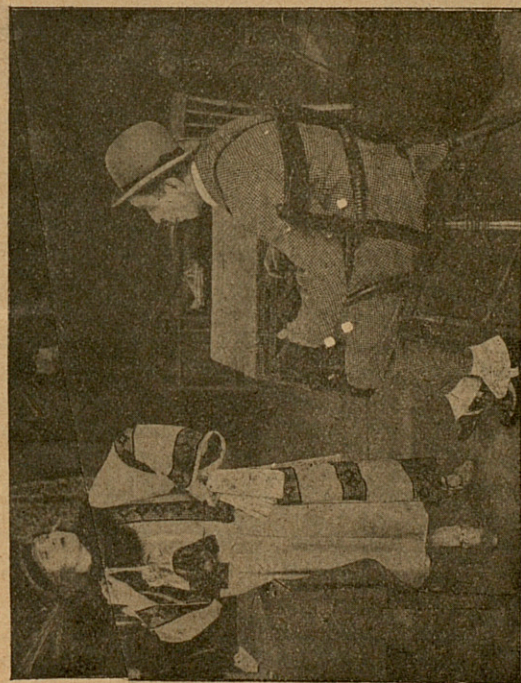
—¡Vamos, no seas tan marmota!—decía Rodrigo a su novia, que parecía como alelada y ausente de sí misma—. ¡Alégrate como todo el mundo!

Cual si la voz de Rodrigo la hubiese despertado de un profundo sueño, levantóse Marion de su asiento, y entre gritos y carcajadas, comenzó a hacer las mayores locuras, abrazando a unos, empujando a los otros y corriendo de un lado para otro, embromando a todos. Al fin, subida en la mesa, lanzó un brindis, coreado con olés y aplausos, terminando con un desenfrenado zapateado, cayendo rendida en brazos de su novio.

La carta del jurado de las carreras, que le llevaron en aquel momento, acabó de enloquecer a Marion Dawson.

—¡Somos ricos, padre!—gritó a Ambrosio, oprimiéndole contra su pecho hasta dejarlo sin respiración—. ¡Nada menos que quinientas mil libras y el caballo! ¡Todo para nosotros solos! ¡Viva...! ¡Viva...! ¡Viva...!

Ambrosio, enternecido, más que por el abra-



*Al aparecer Marión casi se desmayó por la sorpresa.*



zo, por los efectos del alcohol, exclamó con voz sollozante:

—¡Acuérdate de tu padre, ahora que eres rica, Marion! ¡Procúrale un cargo bien retribuido y de poco trabajo!

—¡Pobre papaíto mío! ¡Ya me acuerdo de que padeces del espinazo!—respondió Marion con expresión de trágica comicidad—. Lo primero que voy a proporcionarte será una silla en el Consejo Municipal. ¿Qué te parece?

—¡Hija! ¡No hay que exagerar las cosas! ¡A mí me gusta la holganza, pero no tanta!

Todos los concurrentes rieron la sátira.

A Ambrosio sus amigos le consideraban como el tesorero de la familia, y era natural que llovieran sobre él proposiciones de venajosos negocios en forma de misivas amistosas. Una de ellas decía:

«Amigo Ambrosio: He pensado en ti para que seas mi socio capitalista en el decomunal negocio de recría de perros que, como sabes, domino a la perfección. Tu amigo, *Bernardo* (a) *Cara Sucia*».

El padre de Marion sonrió con suficiencia, como hombre acostumbrado a se solicitado por todo el mundo.

«Ambrosio de mi vida—rezaba otra carta—. Entrega al portador por lo que más quieras los cuarenta chelines que me han falta todos

los sábados para pagar la cuenta del tabernero. Tu amigo del alma, *Casimiro Tragamares*.»

Sobre la mesa tenía unas docenas de cartas más.

—¡Tendré que tomar un secretario!—pensó.

El dinero era un manantial de bondades en manos de Marion.

Atendía pródigamente todas las necesidades del barrio, desviviéndose por sus amigos, como una verdadera madrecita.

La señora Astor, una de las vecinas más aristocráticas y también más liosas de la barriada, estaba como celosa de la fortuna de Marion, suponiéndose desbancada en la supremacía que disfrutaba entre aquellos humildes habitantes de la gran ciudad de Londres.

—Yo no soy chismosa—decía ante un grupo de vecinas—, pero esa Marion gasta más de lo que yo me figuro que puede, en obras de misericordia. ¡A este paso pronto tendrá que volver a coger su cesta de flores!

Marion, de acuerdo con su nueva posición, proveyóse en uno de los más elegantes establecimientos de todo el equipo para su persona.

Ambrosio palpaba con religioso respeto las finas telas, que se le escurrían entre las manos.

—¡O poco sé yo del gran mundo o esta es la ropa interior que usan las millonarias los días de recepción en palacio!



También para su padre había encargado ropas en consonancia con su encumbramiento.

—¡Vamos, vístete, que hemos de salir!— dijo Marion—. Yo estoy enseguida.

Ambrosio sudaba a mares para calzarse los zapatos de charol, relucientes como un espejo, haciendo mil probaturas para ajustar las blancas y elegantes polainas. Embutióse luego en un chaqué a cuadros y tocóse con un hogo de color café con leche.

Al mirarse al espejo, casi no se reconoció. Parecía un *gentleman*. Satisfecho de sí mismo, saludó gravemente a su imagen y se dispuso a calzarse unos guantes crema, sin acordarse de separarlos, por lo que quedó maniatado y sin poder accionar libremente.

Al aparecer Marion, casi se desmayó por la sorpresa.

—Pero ¿eres tú?—exclamó como no dando crédito a sus ojos.

Con su traje blanco, su sombrerillo de spris, la elegante sombrilla en una mano y los guantes y el bolso en la otra, estaba realmente encantadora. Las ricas telas resaltaban la natural hermosura de Marion, que a no ser por sus modales, en los que quería poner una distinción y elegancia que resultaban deliciosamente cómicas, hubiera podido confundírsela con una aristocrática lady.

Pasada la estupefacción que la presencia de

Marion le produjera, suplicó muy compungido Ambrosio:

—¡Por Dios, hija! ¡Córtame el hilo de estos calcetines, que no me dejan ni rascarme!

Marion separó los guantes, recomendando a su padre:

—¡A ver cómo te comportas! No olvides que somos unos personajes ¿eh?... ¿Qué vas a hacer ahora?

—Pues voy a ver a *nuestro* procurador—y ahuecó la voz al decirlo—para ver como van las obras de *nuestro* palacio. Luego iré a reunirme contigo.

—¡Está bien! No olvides que comemos en el restaurant Mónico. Y lo mejor que puedes hacer para no caer en un ridículo es pasarte por el tenducho del paraguero italiano y preguntarle cómo se comen los *spaguëtti*.

—Así lo haré, preciosa.

El procurador de los Dawson informó a Ambrosio del estado de las obras del palacio que habían adquirido.

—Lo que está completamente instalado y a punto de funcionar es el cuarto de baño, mi señor don Ambrosio. Con que...

—¡Cuidadito con las indirectas, señor procurador!—protestó el padre de Marion—. Esto en mi país vale tanto como llamarle sucio a uno.

—¡Por Dios, señor!—rechazó el procurador.



En el barrio donde seguían viviendo provisionalmente los señores Dawson, llegaba *mamá* Noel todos los días...

Marion adquiría en los bazares multitud de juguetes y con ellos obsequiaba a todos los niños del barrio, que recibían alborozados los presentes. Siempre que llegaba en su magnífico automóvil, corrían tras él los chiquillos dando saltos y cabriolas.

Allí no escaseaba nada. ¡Hasta el gato tenía derecho a ser feliz! Y era obsequiado a diario con sendos platos de leche.

Aquel día vistió a todos los niños de soldaditos y, poniéndose al frente de ellos, comenzó a dar voces de mando.

De pronto apercibió a Rodrigo que se dirigía hacia allí y dió el grito de alerta.

—¡Prevenidos los soldados, que se acerca el enemigo!

Y cuando el policeman estaba ya cerca, lo señaló diciendo:

—¡Este es el que me robó el sosiego!... ¡A fusilarle!

Toda la chiquillería se arrojó sobre el novio de Marion, que no podía defenderse y se fue rodando por los suelos.

—¡Altooooo!—ordenó la muchacha.

Y acercándose al caído, le ayudó a levantarse con muestras de gran regocijo.

Pero Rodrigo no tenía aquellos días cara de

muy buenos amigos y no recibió con muestras de contento la broma de su novia.

Marion había adivinado la causa de su secreta melancolía, y al fin estalló:

—¡Pero, hombre de Dios! ¿Es que crees que voy a dejar de quererte porque tengo cuatro indecentes chelines? ¡Ven acá, alma de cántaro!

Y como divisara a un periodista que ya la había visitado cuando resultó ganadora del Gran Premio, lo llamó a su lado.

—Va usted a hacerme el favor de publicar en su diario mi próximo matrimonio con este sinvergüenza—y miró a Rodrigo con infinita ternura—, porque tengo miedo que me birlen el novio. Y añada usted que si no lo ascenden de un golpe a general, lo retiraré de la policía. ¡Ah! Y añada que dentro de unos días me voy con él y con mi padre a París para recoger a mi hermana.

—Será usted complacida, señorita.

Al día siguiente, en el modesto hogar de un policía afortunado, todo eran preparativos y nerviosidad para tenerlo todo limpio y dispuesto.

Marion había anunciado a su novio que iría a almorzar con sus futuros suegros, y éstos la esperaban con impaciencia y temor. Sobre todo la madre de Rodrigo estaba algo recelosa, pues recordaba que en cierta ocasión, y llevada de



la exaltación de su amor maternal, había dicho que una vendedora callejera era poco para su hijo.

Marion llegó a la casa de Rodrigo dispuesta a dar una leccioncita a su futura mamá política.

Hizo su aparición en el magnífico automóvil de su propiedad y ataviada con sus mejores galas, llevando en la mano una diminuta maleta, aparentemente una caja de pintor.

Entró en casa de los padres de Rodrigo, a los que saludó con toda ceremonia, dando luego una vuelta a la habitación con aires de gran señora y como para que admiraran su rica toaleta. Luego salió de la estancia, subiendo a las habitaciones altas.

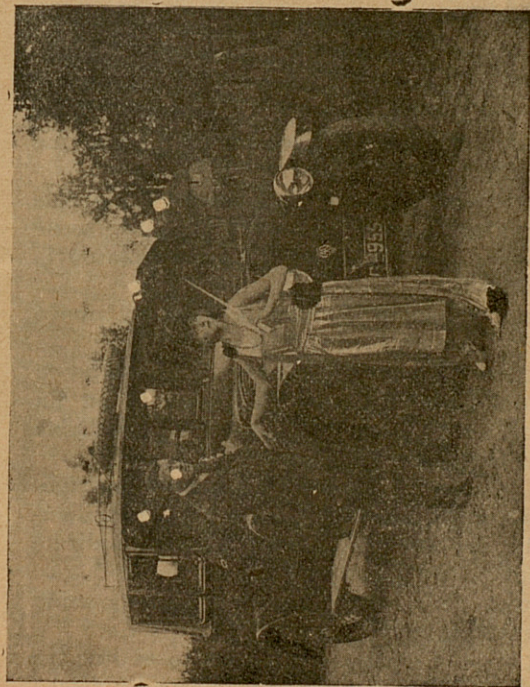
La madre de Rodrigo la contemplaba con estupor, compungido el ánimo y llena de pesadumbre.

—¡Pero, Rodrigo, hijo mío! ¿no te asusta casarte con una mujer de tanto dinero?

Y rompió a llorar amargamente. Su hijo procuraba consolarla, cuando apareció Marion, que, conseguido su objeto, dejó su *contrafigura* arriba, para presentarse a sus suegros tal como ella era, con sus ropas de vendedora de flores.

—¿Pero es que tomaron en serio mis arrumacos de gran señora?—dijo al ver las caras consternadas de todos.

Y al acercirse de las lágrimas que nubla-



*Hizo su aparición en el magnífico automóvil de su propiedad...*



ban los ojos de la madre de Rodrigo, se acercó a ella y tomándole las manos, exclamó conmovida:

—¿Lloró usted por mi causa, señora?

Volvióse hacia su novio y le dijo con seriedad:

—Oye, Rodrigo: el día que vuelva a llorar tu madre por mi causa, dame una paliza, que la tendré bien merecida.

La comida transcurrió en medio de la más franca alegría, quedando los futuros suegros de Marion encantados de las bondades de la novia de su hijo.

Llegó el día de la inauguración del nuevo palacio.

Marion con su novio y su padre arribaron en el automóvil. Ambrosio iba envuelto en un enorme abrigo de pieles, del que su hija había hecho frecuente burla.

—Oye, tú—le dijo al bajar, viendo una nueva sonrisa de Marion—, ¡por mucha confianza que me tengas, guárdate de confundirme con un oso de los Alpes!

Marion daba saltos de alegría, como niña con zapatos nuevos.

—¡Mira, Rodrigo! ¡Qué bonito es nuestro palacio! ¡Todo es nuestro! ¡Hasta las tejas!

Fueron recorriendo las dependencias. Ambrosio al ver en una salita un gran retrato en

que apreciaba Rodrigo con todos sus compañeros policías, exclamó con aire de superioridad:

—¡Dios mío! ¡Vaya una familia la de mi yerno!

Al llegar al cuarto de baño, se puso a tentar las múltiples llaves y grifos con la mayor precaución, y al dar la vuelta a una comenzó la ducha a arrojar agua violentamente.

El pobre hombre, con un susto mayúsculo y calado hasta los huesos, gritaba desahogado:

—¡Socorro! ¡A mí! ¡Acaba de reventar la cañería del agua!

### III

Unos días después dispuso Marion el viaje a París para recoger a su hermana Rosie.

A las pocas horas la afortunada familia Dawson cruzaba el canal.

Ambrosio iba completamente mareado y no se apartaba de cubierta.

—Pero, papá. ¡No pongas esa cara!

—¿Y qué cara quieres que ponga si este barquito me ha dejado más limpio que un tubo de quinqué?



Arribaron a París, la ciudad de los sueños de los nuevos ricos...

Discurrieron por los concurridos bulevares, admirando los magníficos edificios y embobándose ante los monumentos que hallaban al paso.

Sentáronse en una de las espléndidas terrazas donde muchos, al ver ciertos detalles tomando el vermouth, pierden el apetito en lugar de abrírselo la bebida.

Ambrosio, viendo las elegantes francesitas, creía, por los efectos que su contemplación le producían, que estaba todavía en el camarote del buque que le había traído a la gran urbe. ¡Vaya mareo!

La única preocupación en París de la afortunada florista, era encontrar a su hermana. Y después de unos días de infructuosas pesquisas, acertó a divisarla, y aunque no la pudo hablar, vió el portal donde se metía, que supuso sería su domicilio.

Subió arriba y hallando una puerta entreabierta advirtió dentro a Rosie y se coló sin más aviso.

Al ver a su hermana, fué la fracasada artista a arrojarle en sus brazos, pero contemplando sus ricos vestidos, dió un paso atrás y se la quedó mirando fijamente sin articular palabra.

—¡Abrázame sin miedo, Rosie!—exclamó Marion, adivinando los escrúpulos de su hermana—. ¡Estos trapos me los dió la suerte!

Pero Rosie seguía en su actitud, al aprehender el cambio radical operado en Marion.

—¡Pareces una estatua, hija! ¡No tienes que extrañarte de nada, cuando conozcas todo lo que me ha ocurrido! Bástete saber que Rodrigo es mi esposo y nuestro padre fué el padrino de la boda. ¡Están conmigo en París! ¿Vienes a abrazarles?

Rosie, después de aquellos momentos de vacilación, se arrojó sollozando en brazos de su hermana.

—¡Marion!

—¡Llora, Rosie, llora—murmuraba a su oído la ex-florista—. ¡Ya procuraré que sean estas tus últimas lagrimitas!

FIN



## La Pelicula Selecta

LA PELICULA SELECTA, igual que OBRAS MAESTRAS DEL CINE, tiene establecido un sorteo mensual de regalos. En cada número de esta publicación se incluye una hermosa postal con el retrato de uno de los más famosos artistas de la pantalla.

Dichas postales, que van numeradas, dan derecho a tomar parte en el sorteo mensual de una gran fotografía directa, con marco, de uno de los más populares intérpretes del arte mudo.

El sorteo se hace en combinación con la Lotería Nacional que se juega el 1.º de cada mes, correspondiendo el regalo al número de la Lotería Nacional sobre que recaiga el premio mayor.

Como se da el caso de que el tiraje de LA PELICULA SELECTA excede con mucho, mensualmente, a treinta mil ejemplares, cifra a que alcanzan los números de la Lotería Nacional, al llegar las postales de esta novela cinematográfica al número 30.000, se volverá a empezar por el uno y se darán tantos premios como poseedores haya del número premiado.

En el número próximo, que aparecerá el sábado, día 7 de marzo, se publicará la adaptación novelesca de la extraordinaria película, según la célebre tragedia de F. Schiller

### La Conjuración de Fiesco

de la que es protagonista la «estrella»

SILVIA MALINVERNI

Postal de *Mary Carr*.

## La Pelicula Selecta

Se ha puesto a la venta

### La Tragedia del Folies Bergere

emocionante novela basada en la película del mismo título, de cuyo argumento se ha servido para una de sus últimas novelas

### El Caballero Audaz

con el título de

### ¡Una pasión en París!

Un lujoso volumen en 112 páginas 1 peseta

De venta en todos los kioscos y librerías



Si no encuentra Vd. en su localidad este libro, por haberse agotado los ejemplares puestos a la venta, recorte el adjunto cupón y envíelo con una peseta en sellos de correo a la Administración de EL CINE, Pelayo, 62 - Barcelona.

Recibirá el libro inmediatamente.

## CUPÓN

Sr. Administrador de EL CINE:

Sírvase enviarme a vuelta de correo un ejemplar de LA TRAGEDIA DEL FOLIES BERGERE a cuyo efecto adjunto una peseta en sellos de correo.

Nombre y apellidos .....

Calle .....

Población .....

Provincia .....



## OBRAS MAESTRAS DEL CINE

Adquiera usted inmediatamente la colección de **OBRAS MAESTRAS DEL CINE** pues algunos números están a punto de agotarse.

Los pedidos a la administración de EL CINE, Pelayo, 62, Barcelona.

Nuestros lectores en Madrid encontrarán todos los números publicados en el kiosco de don Manuel Fernández, situado en el Paseo de Recoletos, frente al número 14.

### Números publicados:

1.º *Almas en venta*; 2.º *En el Palacio del Rey*; 3.º *Pedrucho*; 4.º *El terremoto*; 5.º *Lecciones de amor* (retrato de Gloria Swanson); 6.º *Bavu, el bolchevique*, extraordinario (Thomas Meighan); 7.º *Manual del Perfecto Casado* (Pola Negri); 8.º *Tigre Blanco* (Charles Ray); 9.º *Sin ayuda de nadie* (Betty Compson); 10. *El hombre de Río Perdido* (Charles Roche); 11. *La Reina de Saba* (Jacqueline Logan); 12. *El tesoro de la carabela* (Edmundo Lowe); 13. *El huésped de media noche* (Rodolfo Valentino); 14. *Si las mujeres mandasen* (Viola Dana); 15. *La Cachorrilla* (Antonio Moreno); 16. *La desposada de nadie* (Bárbara La Marr); 17. *Supremo tesoro* (J. Warren Kerrigan); 18. *Tenorio por carambola* (Margarita La Motte); 19. *Amor de madre*, extraordinario (Ramón Novarro); 20. *El padre Juanico* (Alice Terry); 21. *Por los que amamos* (Hoot Gibson); 22. *El valor de la virtud* (Priscilla Dean); 23. *La Indomable* (Norman Kerri); 24. *Mary Rosa* (Laura La Plante); 25. *La torre de Nesle*, extraordinario (Lon Chaney); 26. *El escándalo del pueblo* (Mary Philbin); 27. *Contra la ley* (Gladys Walton); 28. *Un escándalo bancario* (Roy Stewart); 29. *No hay fuego sin trampa* (Virginia Valli); 30. *El pobre Valbuena* (Herbert Rawlinson); 31. *Bajo la púrpura cardenalicia* (Frank Mayo); 32. *Una dama de callidad* (Baby Peggy); 33. *Resurrección* (Jane Mercer); 34. *El trapero de París* (Jack Hoxie); 35. *Curro Vargas* (Williams Desmond); 37. *Luchar y vencer*, primera parte (Pearl White); 38. *Luchar y vencer*, segunda parte (Tom Mix); 39. *El policía rural* (Alma Rubens); 40. *El Niño Rey* (Luciano Albertini).

Números ordinarios: 25 céntimos. — Extraordinarios: 50 céntimos.—La colección completa, 10 ptas.